

Cocinando la Paz

con los pueblos indígenas de Colombia



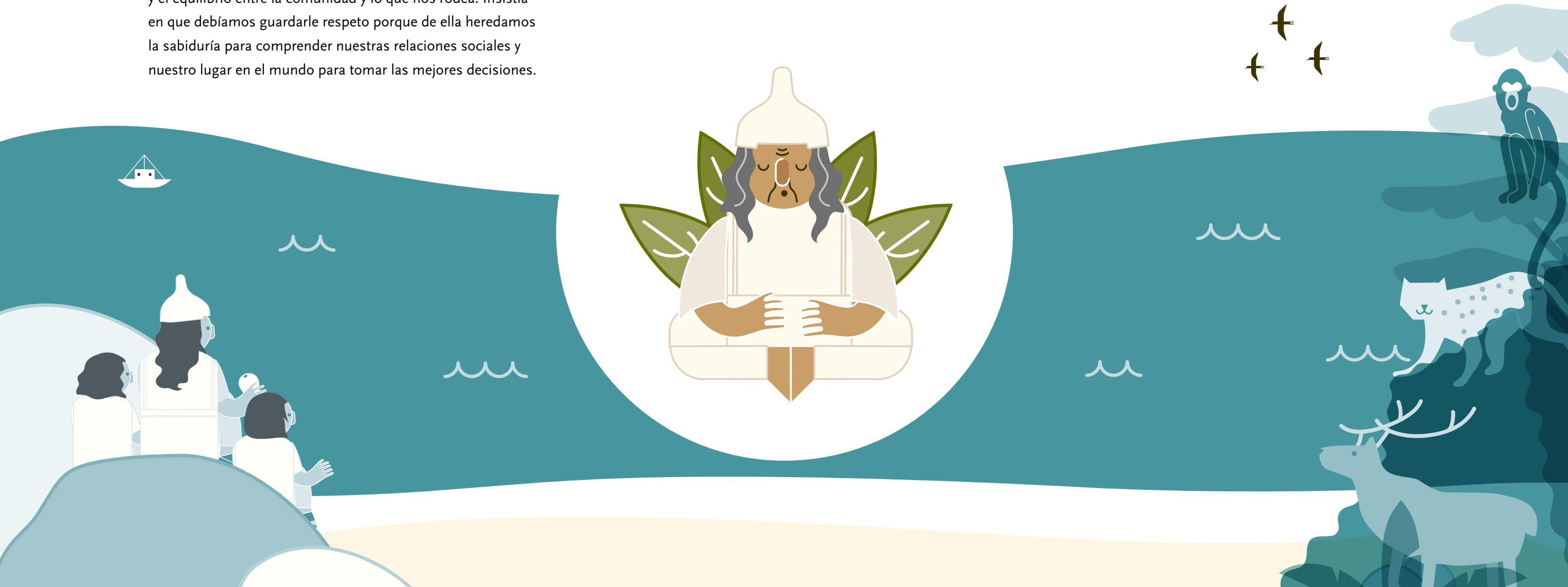
Quién iba a pensar que, después de tantos años sin ver a mi compadre, yo bajaría de la Sierra a encontrarlo en la carretera. Ya en el plano, mientras lo espero cerca a la vía principal que va para La Guajira, pienso en lo que ha pasado durante todos esos años en los que estuvo trabajando lejos de la comunidad y en lo que tenemos por contarnos. Su llamada llegó de la nada: «Tengo que hablar con su papá, compadre», fue lo único que me dijo antes de pedirme que le cuadrara una reunión con él. Y por eso terminé acá. Al igual que hace muchos años, cuando íbamos a recogerlo para ir al mar, sigue llegando tarde.



Mientras espero a que llegue el bus en el que debe venir, me acuerdo de aquellas épocas. Mi memoria me lleva a esos días en los que nos metíamos en el agua salada y recorríamos la playa, cuando mi papá nos pedía que recogiéramos conchas para luego macerarlas y obtener la cal que se mezcla con el ayo, en uno de estos poporos que tanta fuerza me siguen dando. Qué nostalgia la que me da.



Después de recoger conchas nos sentábamos en las piedras.
Era entonces cuando mi papá se inspiraba con el oleaje y nos explicaba la importancia de la hoja de coca en nuestra cultura. Nos decía que nunca olvidáramos que es una planta sagrada que guía nuestra identidad kogui, que abre y teje el pensamiento, permitiéndonos mantener la armonía entre el cuerpo y la mente, y el equilibrio entre la comunidad y lo que nos rodea. Insistía en que debíamos guardarle respeto porque de ella heredamos la sabiduría para comprender nuestras relaciones sociales y nuestro lugar en el mundo para tomar las mejores decisiones.



Justo en ese momento siento una palmada en la espalda: me volteo y veo a mi compadre, que me abraza y se disculpa por el retraso. Me explica que se demoró comprando algo de aceite, sal y esas cosas que arriba no se consiguen y que su madre tanto agradece. Le digo que no se preocupe, pero que nos toca apurarnos para conseguir transporte. Caminamos hasta los camperos que suben a la Sierra y alcanzamos uno que está a punto de salir. Nos montamos y saludamos a una hermosa mujer wiwa y al gran mamo Lorenzo, que, sentado con su mamtu, su poporo y su mochila, sigue inspirando serenidad y sabiduría. Aprieto su mano con sorpresa y emoción, pues él conoce a mi papá desde siempre porque ambos han sido amigos y autoridades de las comunidades.



El campero arranca. Los olores y los colores del paisaje se apoderan de mi compadre, que no puede de la dicha de reencontrarse con el mundo que lo vio crecer. Ahora sí, con toda la ruta por delante, me tomo el tiempo de preguntarle para qué necesita hablar con mi papá exactamente. Es entonces cuando me cuenta en detalle lo que ha hecho estos últimos años: como comunicador bilingüe ha viajado por todo el país hablando con autoridades y líderes indígenas y no indígenas. ¿Su misión? Cambiar la manera como se ve la hoja de coca, luchar con ese estigma y exponer y mostrar su carácter sagrado.





Le digo a mi compadre que no pudo haberse dedicado a algo más difícil. Él sonríe y comienza a explicar. Dice que el asunto de la hoja de coca es muy difícil de discutir por lo de los cultivos ilícitos y todo eso, pero que ahora hay una oportunidad que toca aprovechar. Me pregunta qué tanto sé del Proceso de Paz con las FARC. No he comenzado a contestar cuando la wiwa, que ha estado escuchando toda la conversación, interrumpe. Dice que ella justo acaba de llegar de Santa Marta, en donde asistió a una reunión con representantes del Gobierno, quienes le explicaron varias cosas sobre el tema: lo que se discutió en La Habana y, sobre todo, lo que se hizo con los líderes indígenas, lo del Capítulo Étnico. Dice que fue lo que más le gustó, porque gracias a eso se tuvieron en cuenta, según ella, aspectos importantes de la realidad de los pueblos indígenas, afro, raizales y palenqueros del país.

Mi compadre sonríe y dice que es cierto, que el Acuerdo que selló el Proceso reconoce la importancia de que los pueblos étnicos tengamos control de lo que nos afecta a nosotros y a nuestras tierras, territorios y recursos, y de que se respeten nuestras instituciones, culturas y tradiciones. Pero que a él también le gusta otra cosa: la integralidad. « Integrali-qué?», pregunta el mamo Lorenzo, quien ha estado atento a toda la conversación. Mi compadre suelta otra carcajada antes de explicar que eso significa que los problemas se miran en toda su complejidad y se buscan soluciones completas, «integrales».





Justo en ese momento llegamos a nuestro primer destino. Nos bajamos y nos despedimos de la wiwa, quien nos desea suerte. Estoy listo para salir a buscar las mulas para andar loma arriba, mientras mi compadre, luego de quedarse fascinado por un rato viendo la hermosa armonía de nuestro territorio, empieza a tomar sus bultos y cajas pa' echárselos al hombro.

Llegamos a donde están las tres mulas que había dejado esta mañana listas antes de bajar a recoger a mi compadre. Una de ellas había pensado en montarla con las cosas que trajera mi compadre, pero como el mamo decidió venirse con nosotros, preferimos, por respeto, darle la mula más fuerte, y distribuir las cosas entre los tres animales. Comenzamos el recorrido que hemos hecho tantas veces: no somos más que viajeros volviendo a casa.





No han pasado ni cinco minutos de recorrido cuando el mamo Lorenzo nos empieza a hablar. Su voz es grave y sonora. Nos cuenta de su juventud y la tranquilidad en la que vivía. La misma que se vio interrumpida con la llegada de gente de afuera, con muchas personas interesadas en las tierras. Día tras día comenzaron a aparecer las ideas de esos cultivos nuevos y con ellos también los grupos armados. Desde ese momento, él y su familia vivieron en el miedo. Caen dos grandes lágrimas de sus ojos.

Le cuento que, de joven, mi compadre y yo nos cruzamos varias veces con esas personas y nos dijeron —como a muchos— que nos fuéramos a trabajar con ellas en los tales cultivos, pues eso nos traería oportunidades y nos daría plata para comprar cosas. Pero nunca lo hicimos porque supimos que cultivar la coca con ese objetivo traería problemas y dolor. Es un irrespeto usar nuestra planta sagrada para lo que no fue hecha, y eso haría que todo se desarmonizara y estuviéramos en peligro, pues su poder es mayor a todo. Y así fue: comenzó a cultivarse en grande la planta ancestral para el negocio ilícito de la cocaína. Por eso mi compadre se fue a estudiar y a conocer los usos ancestrales de la coca en otros pueblos indígenas, para generar alianzas y mantener en alto el nombre de nuestra planta sagrada. Mientras tanto, yo me quedé entregado a mi territorio, a mi cultura y a mis cultivos, que son la base del alimento espiritual y físico.



Lo interesante, dice mi compadre, es que ahora se mira distinto la cosa. Nos recuerda lo de la integralidad y dice que el Acuerdo de Paz no se queda hablando de los que consumen o de los que cultivan, sino que se piensa en toda la cadena: se mira el tema de la siembra de coca, el de la producción y la comercialización de drogas ilícitas, el problema del crimen organizado y el tema del consumo. Así, se analiza el consumo como un tema de prevención y educación, mientras que la comercialización se mira desde la necesidad de combatir tanto el tráfico de insumos químicos para convertir la coca en cocaína como a los grupos ilegales.



Y, sobre todo, se mira el tema de la producción desde la sustitución de estos cultivos por otros, más que desde la simple erradicación sin garantías para la gente, porque se ofrecen alternativas interesantes de proyectos productivos, y se promueve el bienestar de acuerdo con las características de cada territorio.

Cuando pasamos por la cascada más hermosa de mi Sierra madre, mi compadre dice que el Acuerdo promueve la sustitución voluntaria, y que esto ayuda a las comunidades que dependen de esos cultivos, pero también a todo el campo. Pronuncia entonces un nombre rarísimo: el Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS), y explica que busca soluciones de sustitución que beneficien a las comunidades. Puntualiza que la entidad encargada de ese programa debe depender de Presidencia, para que coordine a otros entes y tenga el respaldo que se necesita.

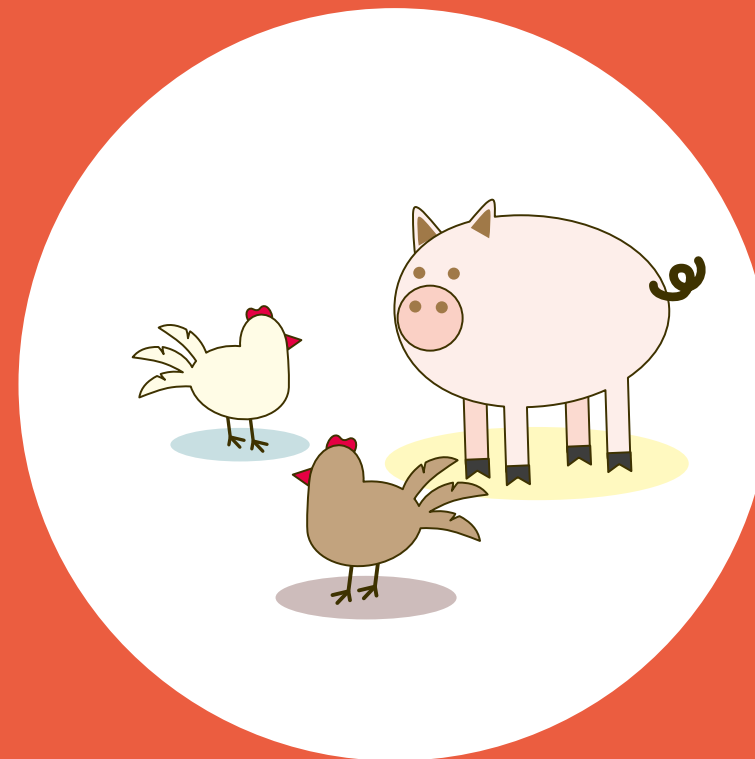
Por último, nos recalca que ese programa debe ejecutarse de manera participativa y articulada con los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET); y se emociona al decirnos que, como lo acordaron en Bogotá nuestros líderes con el Gobierno Nacional cuando se estaba construyendo el Plan Marco de Implementación (PMI) del Acuerdo de Paz, el decreto que reglamente el PNIS debe ser consultado y concertado con los pueblos y las comunidades.



An illustration showing three people riding horses up a hill. The person in the foreground is a woman with dark hair, wearing a white shirt and light pants, riding a brown horse. The person in the middle is a woman with long dark hair, wearing a white shirt and blue pants, riding a purple horse. The person in the background is a man with long dark hair, wearing a white shirt and light pants, riding a brown horse. They are all carrying baskets on their backs. The background features a large green tree with white snowflake-like patterns, a large brown rock, and a large green plant with orange leaves. The sky is a mix of green and blue.

Ya subiendo la loma final, mi compadre
añade que también están los Planes
Integrales de Sustitución y Desarrollo
Alternativo (PISDA), que son la manera de
aterrizar el PNIS en los territorios, haciendo
que se busquen soluciones conjuntas entre
los cultivadores y las autoridades, y que se
promueva la sustitución de cultivos ilícitos.

Además, comenta que, mediante estos procesos, no solo se buscan con las comunidades acuerdos de sustitución voluntaria, de no resiembra ni vinculación a labores asociadas con los cultivos de uso ilícito o cualquier cosa que tenga que ver con ellos, sino que se debe garantizar que los PISDA que coincidan con territorios étnicos sean consultados y concertados con las comunidades étnicas de la zona. Finalmente, ya con su voz cansada de tanto hablar, dice que están los Planes de Asistencia Inmediata (PAI), que son medidas de apoyo inmediato para garantizar que, al inicio del proceso, no les haga falta el sustento o la comida a quienes asuman estos compromisos.



Le pido a mi compadre que me dé más detalles de los tales PAI porque suenan muy efectivos. Me cuenta que con ellos se apoya a las familias relacionadas con los cultivos ilícitos que quieran desvincularse, entregándoles mercados hasta por un año, apoyándolas con huertas caseras o con especies menores para que poco a poco salgan adelante y no reincidan en esos cultivos. Dice que también se pueden apoyar proyectos de generación de ingresos rápidos —como cultivos de ciclo corto, o proyectos con pescados o aves— para sustituir las entradas de los cultivos ilícitos, brindando también el acompañamiento técnico necesario. Incluso, para los recolectores hay asistencia alimentaria con mercados y opciones para que se empleen temporalmente.



Mi compadre sigue contando más cosas, pero la verdad es que yo me distraigo pensando en la manera como todo esto podría ofrecerles alternativas a mis amigos que terminaron en los cultivos ilícitos: tantos vínculos rotos, tantas vidas perdidas y lastimadas. Mis pensamientos, llenos de esperanza e ilusión, comienzan a mezclarse con los ruidos de mi casa, que está cada vez más cerca.

Escucho los ladridos de los perros, los bramidos de las ovejas y las risas de los niños. Alrededor de ellos suenan los pájaros y las ranas que nos vieron nacer. Me lleno de emoción y no puedo dejar de pensar que, si mi compadre tiene razón, quizás podamos volver a los viejos tiempos donde todo era más tranquilo.



Cuando llegamos a la casa, el mamo Lorenzo empieza a despedirse, pero nos rehusamos a dejarlo ir. En ese momento aparecen mis padres, que también se unen a la invitación. Él accede y le cuenta a papá que debe escuchar todo lo que mi compadre tiene para decir, mientras él se saluda afectuosamente con mis hermanas y luego les regala un abrazo a mis padres.

La comida transcurre como de costumbre. Mi madre dice que mi papá cazó guara y un par de ñeques por mi llegada, y que ella aprovechó para hacerme una buena sopa con todo eso que me encanta y que por allá donde vivo no se consigue: malanga, arracacha, batata y guineo. Es una cena como las de siempre, aunque esta vez el protagonista de las conversaciones no es papá, sino mi compadre. Les cuenta todo lo que ya me contó a mí: los Acuerdos de Paz, el Capítulo Étnico, lo de la integralidad y todos los procesos de participación y de consulta previa con los indígenas que se vienen. Mis papás y el mayor escuchan con atención. Hasta mis hermanas están pendientes de lo que se dice, porque saben que el tema de los cultivos nos afecta a todos.



Mi papá, muy preocupado, le pregunta a mi compadre: «¿si el Acuerdo de Paz habla de sustituir cultivos de coca, significa que nosotros, aunque no usamos la planta para fines ilícitos sino para nuestros asuntos culturales, ya no podremos cultivarla?». Mi compadre, saca un cuaderno de su mochila y lee: «El Programa de Sustitución de Cultivos respetará y protegerá los usos y consumos culturales de plantas tradicionales catalogadas como de uso ilícito. En ningún caso se impondrán unilateralmente políticas de uso sobre el territorio y los recursos naturales presentes en ello».



«¿Eso qué significa?», pregunta, y él mismo contesta para todos: «que el Capítulo Étnico del Acuerdo de Paz reitera la protección al consumo cultural de hoja de coca y a su siembra, pero claro, como siempre lo hemos hecho: en cultivos pequeños. Así, cuando se ejecuten los programas de sustitución estos aplicarán a los cultivos de gran escala que se usan para convertir la hoja de coca en cocaína, pero nuestros sembrados no nos los pueden quitar. Por eso es tan importante y estoy tan feliz de estar aquí hablando de eso y de todos los demás temas que hemos conversado».



Mi compadre me mira sonriendo. Como por arte de magia, volvemos a aquellas jornadas de nuestra infancia: el olor a sal, el color del mar, la textura del agua, todo reaparece frente a mí, a mi compadre y a mi papá. Por un instante que se prolonga varios segundos, creo que hemos vuelto a mejores tiempos: a tiempos de armonía entre nosotros y nuestra madre tierra, tiempos de equilibrio entre la comunidad y todo lo que nos rodea.

